

LA EXPORTACIÓN Y EL DESARROLLO ECONÓMICO: RÉPLICA

Henry C. Aubrey

Los interesantes comentarios del señor Mallon a mi artículo anterior¹ ameritan algo más que una respuesta a los numerosos detalles a que él se refiere en gran parte. Como lo señala con razón en sus primeros párrafos, lo que importa determinar es el papel que las exportaciones pueden desempeñar en el crecimiento de las regiones en desarrollo. En lo que a esto se refiere, nuestros puntos de vista probablemente son menos opuestos de lo que él parece creer. A mí, como a él, jamás se me ocurriría que la exportación pueda sustituir al desarrollo interno. Sin embargo, puede ser un valioso instrumento complementario, y el propósito de la parte tercera y final de mi artículo fue demostrar hasta qué punto la exportación puede ayudar directa e indirectamente al desarrollo económico.

Creo, por tanto, que nuestras respectivas posiciones no son incompatibles, sino complementarias. Mallon parece advertir que no debiera confiarse demasiado en las exportaciones, con lo que estoy de acuerdo. Pero, por mi parte, también deseo hacer la advertencia de que no deben descuidarse las exportaciones en una política que dé preferencia a un desarrollo dedicado principalmente a sustituir importaciones, pues prometen más de lo que algunos economistas han querido admitir. Debido, pues, a que considero que ambas actitudes tienen su lado constructivo, prefiero volver a plantear —a la luz de las observaciones de Mallon— los aspectos afirmativos de mi tesis, dejando para más tarde la corrección de los puntos que, por error de interpretación, critica.

Ciertamente, es lamentable que el señor Mallon tenga tan poco que decir acerca de la parte IV de mi artículo, que trata en general de la contribución de las exportaciones al desarrollo económico, y que, por lo tanto, yo hubiera esperado que fuera para él de sumo interés. En resumen, para este análisis usé el enfoque del multiplicador a fin de demostrar que la inversión y la producción con fines de exportación crean ingreso en igual forma que lo harían en cualquier otro sector de la economía. Más aún, considerando que la exportación de productos primarios siempre llega a cifras elevadas, ofrece al gobierno de un país subdesarrollado la oportunidad única de obtener ingresos fiscales adicionales con qué financiar los proyectos básicos de desarrollo. Esto resulta de particular importancia si la industria de exportación puede

¹ Richard D. Mallon, "Importancia para América Latina de la perspectiva norteamericana de importaciones", *EL TRIMESTRE ECONÓMICO*, vol. XXIII, núm. 1, enero-marzo de 1956, pp. 62-72; Henry C. Aubrey, "El futuro a largo plazo de las importaciones de Estados Unidos", *ibid*, pp. 42-61.

desarrollarse mediante el uso de capital extranjero que, generalmente, no puede ser atraído por los proyectos de desarrollo interno. Además, a diferencia de la producción para uso exclusivamente interno, el uso adecuado de las divisas obtenidas por medio de la exportación ofrece una fuente irremplazable de moneda extranjera para el pago de la importación de bienes de capital, de la que depende el desarrollo económico de tipo interno.

No era de esperarse que un argumento que casi se prueba por sí mismo —y que en mi artículo desarrollé mucho más detalladamente— encontrara mucha oposición. De hecho, los dos comentarios del señor Mallon se mantienen casi por completo en la periferia del problema. Por una parte, desaprueba el uso del multiplicador debido a su “enfoque monetario” que, para él, encierra consideraciones inflacionarias. En realidad, he descrito el mecanismo de un multiplicador inversión-ingreso, tan válido en términos reales como en términos monetarios. Tal vez los comentarios de Mallon se refieran al potencial inflacionario de un excedente de exportación; sin embargo, si realmente se presentara la inflación, no deberá culparse al mecanismo del multiplicador, sino a los defectos de las políticas fiscales y monetarias del país exportador. Si los crecientes ingresos producidos por la exportación son debidamente neutralizados, se puede impedir totalmente la inflación: si se les grava con impuestos y su producto se usa en el desarrollo económico, no tienen por qué presentarse otros efectos inflacionarios que los relacionados con el aumento de la inversión y el ingreso nacional real —problema éste al que tienen que enfrentarse todos los países que experimenten un desarrollo económico acelerado, sin que importe la forma en que sea financiado.

En mi artículo me referí a las razones históricas que han hecho que los países productores de productos primarios desconfíen de la exportación, debido a las fluctuaciones cíclicas. Ya que el señor Mallon trae a la memoria de los lectores este fenómeno bien conocido, deseo llamar la atención sobre la conclusión que, en mi opinión, resulta de esta inestabilidad: ciertamente, el desarrollo económico diversificado es el mejor remedio para la excesiva dependencia de la exportación. Para ello se requieren fuertes inversiones de capital, mucho mayores que las que, por regla general, pueden ser generadas dentro de la economía nacional. Por consiguiente, si se puede desarrollar la exportación con ayuda de capital extranjero, ésta proporcionará un ingreso mayor, un aumento del ahorro público y un mayor ingreso de divisas —lo que significa una *adición* al capital y al ingreso que pueden ser generados localmente, y no su *sustitución*. Si se les usa para acelerar el desarrollo económico interno más allá de la tasa que se hubiera podido alcanzar sin la exportación, la participación de la exportación en el ingreso na-

cional tenderá entonces a disminuir gradualmente. Por consiguiente, es una buena política no descuidar la exportación por el simple hecho de que fluctúe, sino, al contrario, elevarla al principio tanto como se pueda, a fin de crear el capital que con el tiempo servirá para hacer que la economía interna crezca a una tasa más rápida que la exportación, eliminando así gradualmente la excesiva dependencia de este factor.

Antes de dejar el tema de las fluctuaciones cíclicas, quisiera señalar una deducción legítima que deriva de mis proyecciones y de la que prefiero dejar constancia explícita, ya que escapó a la atención del señor Mallon. La mayoría de los economistas norteamericanos considera que los movimientos cíclicos no serán tan intensos en el futuro como lo han sido algunas veces en el pasado, especialmente en los años treinta, principal fuente aún de desconfianza en las exportaciones por parte de los países productores de artículos primarios. Esta esperanza se funda no sólo en la mejoría de los instrumentos antideflacionarios y en los factores estabilizadores, sino, aún más, en el poderoso crecimiento secular que señalo en mi estudio. Es claro que cuando el ingreso promete crecer con tal rapidez, las fluctuaciones descendentes tienden a ser mucho más suaves y a comprimir menos la importación, como pudimos observar en 1953/54.

Podrían mencionarse otras razones —tales como las citadas en un reciente estudio del comercio latinoamericano—² por las que puede esperarse que el impacto de las fluctuaciones cíclicas sea menor en el futuro; pero a la larga las perspectivas de crecimiento secular son de mucha mayor importancia. Si bien mi argumentación y la del señor Mallon giran alrededor de la tasa de crecimiento de las importaciones norteamericanas, es importante tener presente que la demanda en otras partes del mundo probablemente crecerá con rapidez aún mayor. Esta esperanza se ve firmemente apoyada por las investigaciones de la Comisión Paley en Estados Unidos y por el documento ya citado de la Organización de Estados Americanos.³

Conviene tener presente lo anterior al fijar nuestra atención en la perspectiva de crecimiento de las importaciones estadounidenses, de las que el señor Mallon tiene una visión tan poco alentadora. A fin de justificar su pesimismo, se funda en dos clases de argumentos: que mis proyecciones tienden a una sobrestimación, y que, de cualquier manera, América Latina no puede esperar que le corresponda una participación de importancia en tal aumento. Más adelante volveré a los puntos más bien técnicos que Mallon utiliza erróneamente para apoyar su tesis. Antes quiero tratar lo que para América Latina podría signi-

² Organización de Estados Americanos, *Terms of trade of Latin America: their development and prospects*, septiembre de 1954, p. 21.

³ *Ibid.*, p. 19.

ticar un aumento del 100 por ciento de las importaciones de Estados Unidos en el curso de veinte a veinticinco años.

En realidad, como lo demuestro en mi libro próximo a publicarse,⁴ América Latina puede esperar ser uno de los principales beneficiarios, ya que entre sus productos figuran algunos de los renglones de más rápido aumento en las listas de importación de Estados Unidos. Para demostrar lo contrario, el señor Mallon recurre al extraño artificio de excluir del total el petróleo, el mineral de hierro y el aluminio. Ahora bien, si omitimos los componentes de más rápido aumento, el crecimiento medio del grupo restante resultará mucho menos impresionante. Sin embargo, si este procedimiento significa algo más que un mero ejercicio estadístico, requiere una justificación que Mallon no proporciona. Tal vez pueda encontrarse la explicación en el cuadro en que separa el petróleo, el mineral de hierro y el aluminio de los otros productos, que él llama "productos latinoamericanos básicos de exportación".

Podría aceptarse la exclusión del aluminio (y la bauxita), del que actualmente América Latina no es exportadora. Sin embargo, ello no afectaría mayormente los resultados, ya que este grupo de productos significa menos del 2 % del proyectado crecimiento de las importaciones estadounidenses para 1975. ¿Qué razón hay, en cambio, para excluir el petróleo y el mineral de hierro? Un renglón relativamente pequeño, como el estaño, exportado por un solo país, ¿es más "básico" para la economía de América Latina que el petróleo, cuando esta región ocupa el segundo lugar en la exportación mundial, perteneciendo a ella el país que es el primer exportador del mundo? ¿Cómo podría Venezuela subsistir sin la exportación de sus productos petroleros, o Perú, Colombia y México —aun cuando sean de menor importancia para el último de los países citados? ¿Puede creerse que para Brasil, Venezuela, Chile, Perú, y aun la misma Cuba, carezca de interés la perspectiva de un aumento múltiple de la exportación de mineral de hierro? ¿Por qué habrían de ser menos importantes para América Latina las perspectivas de éstos que las de otros productos llamados "básicos", tales como el cobre, el plomo y el zinc? Resulta difícil encontrar una justificación racional para un análisis estadístico que discrimina los dos productos (petróleo y mineral de hierro) de los que *América Latina es el principal proveedor de Estados Unidos*.

Otro procedimiento seguido por Mallon para restar importancia al aumento proyectado de las importaciones norteamericanas es el de referirse al volumen y no al valor. Una de las razones principales por las que creí necesario ir más allá de la proyección de volúmenes del Infor-

⁴ *United States Imports and World Trade*, que publicará Clarendon Press, Oxford, en el curso de este año.

me Paley, fue que las exportaciones de un país productor —y por tanto su capacidad para importar— dependen del valor de dichas exportaciones, más que de su volumen. En los últimos tiempos el valor de las importaciones de Estados Unidos ha crecido más rápidamente que el volumen, y se espera que, en general, así seguirá ocurriendo. Por consiguiente, las referencias de Mallon al volumen de las importaciones no vienen muy al caso.⁵

Desde luego, el factor decisivo en este enfoque son los precios de exportación. A este respecto el señor Mallon no toma en cuenta los índices estadísticos que he desarrollado detalladamente en mi estudio más amplio y prefiere considerar un grupo corto de productos, excluidos de nuevo el petróleo y el mineral de hierro. Más aún, emplea como punto de comparación años individuales de fecha reciente, cuando algunos precios, como los del cobre, el estaño y el cacao alcanzaron elevación anormal, lo que es sabido por todo especialista en productos. Como resultado, mis proyecciones de precios para 1975 se hacen aparecer bastante poco impresionantes. Para beneficio de los lectores, enumero en el cuadro anexo mis índices de precios, que incluyen los mismos artículos, más el petróleo y el mineral de hierro, presentados en el orden de importancia relativa que se espera tendrán en las importaciones estadounidenses de 1975. A fin de eliminar las posibles perturbaciones ocasionadas por la influencia de la segunda Guerra Mundial y la crisis de Corea, abarcan un período un poco más amplio (unos cua-

	Base: promedio 1937/40	Índice de valor unitario 1948	Índice de valor unitario para 1975 ("más probable")	Índice de relación de precios del intercambio en 1975 ^a Base: prome- dio 1937/40
Petróleo	100	311	467	208
Café	100	350	736	327
Cobre	100	199	213	95
Mineral de hierro	100	182	285	127
Azúcar	100	258	194	86
Cacao	100	655	433	193
Plomo	100	429	313	139
Aluminio	100	160	166	74
Zinc	100	301	298	132

^a Índice de valor unitario para 1975, deflacionado por 225, que es el índice "imputado" de precios de mayoreo para 1975 ($1937/40 = 100$), expresado en dólares de 1953. En el Apéndice B de mi libro (en prensa) se explica el método de computación de este índice "imputado".

⁵ Por el contrario, se podría alegar que la exportación de un volumen menor con un valor mayor, representa un uso más deseable de los recursos de un país.

renta años), y expresan los precios calculados para 1975 en términos de los precios de 1937/40 como base; se recordará que en ese período los precios de los productos primarios se habían recuperado un tanto de las bajas sufridas durante la depresión.

El cuadro anexo muestra la fuerte tendencia ascendente de los precios de la mayoría de los productos exportados por América Latina, especialmente los que ocupan los primeros lugares en la demanda de importaciones de Estados Unidos. También permite apreciar claramente que pueden esperarse aún considerables aumentos, superiores a los niveles alcanzados después de la segunda Guerra Mundial. Ciertamente, algunos precios subieron en forma considerable durante el conflicto coreano, anticipándose en un período relativamente corto a una gran parte del aumento secular que podía esperarse. Pero es ahora evidente que este aumento reciente de los precios —aparte de algunos excesos claramente apreciables— *no fue* un simple aumento temporal, destinado a volver con el tiempo a los niveles que precedieron a la citada crisis.

El señor Mallon, al presentar solamente unos cuantos precios seleccionados, pasa totalmente por alto los cuadros 3 y 4 de mi artículo y las explicaciones que al respecto ofrecí, que difícilmente justifican su conclusión de que las perspectivas de la relación de precios del intercambio de los productos primarios son bastante flacas. En promedio, como ya he demostrado, han aumentado aproximadamente un 60 % sobre los niveles de preguerra. Más aún, como se señala en el estudio sobre América Latina ya citado, han vuelto a alcanzar el nivel favorable de principios de este siglo. Nuestro propósito es mostrar que el grupo de países productores de productos primarios no tiene ya por qué temer —como se han sentido inclinados— que la mayoría de sus exportaciones no adquieran sino cantidades cada vez menores de los productos manufacturados que ellos necesitan. Por el contrario, ahora obtienen por ellos mucho más de lo que en un extenso período anterior lograron y, a la larga, el tiempo trabaja a su favor. Como dice el estudio citado de la Organización de Estados Americanos: “En síntesis, en el caso de la mayoría de los países latinoamericanos, parece probable la mejoría a largo plazo de su relación de precios del intercambio.”⁶

En suma, la esperanza de un aumento considerable de las exportaciones —si uno se abstiene de excluir deliberadamente los artículos de rápido crecimiento— se ve aparejada por la de mejores precios. Creo que puede dejarse a juicio del lector si tales perspectivas deben ser consideradas flacas o risueñas. Es de lamentarse que el señor Mallon, en su presentación, se incline frecuentemente a subrayar el lado flaco de las mismas; por ejemplo, corta una larga cita de un documento del Departamento de Comercio de Estados Unidos precisamente donde se termina

⁶ P. 22.

el estudio del *volumen* menor de las importaciones estadounidenses, y antes de que termine el párrafo, que sigue diciendo:

Este movimiento en la relación [de los volúmenes] quedó compensado, en lo que se refiere a las comparaciones en términos de los valores corrientes, por aumentos sumamente desproporcionados de los precios medios de los artículos importados. De 1951 a 1953, inclusive, estos últimos fueron en promedio casi tres veces el nivel de 1936-38, en tanto que los precios internos apenas si subieron un poco más del doble en el mismo período.⁷

Esto es precisamente lo que he tratado de hacer resaltar; la venta de volúmenes menores a precios más elevados, que se traduce en *valores comerciales superiores*, no me parece una mala perspectiva.

Comparados con estas importantes diferencias de énfasis, los puntos restantes tratados por el señor Mallon son de menor significación. En las primeras páginas, trata acerca de mi método de cálculo y se extravía debido a un error pequeño, pero importante. Afirma que yo proyecté un tercio de las importaciones mediante funciones de importación, y en cambio no ve que ese tercio incluye todas las manufacturas que para América Latina carecen de interés. En realidad, he proyectado (en términos de lo importado en 1952) el 80 por ciento de las materias primas, y el 97 por ciento de los alimentos crudos en forma de productos estudiados individualmente, a lo que el señor Mallon no pone objeción alguna. Lo restante es tan pequeño que representaría una diferencia insignificante en mis estimaciones aun cuando *hubiera* supuesto una propensión a importar demasiado elevada.

De hecho, tengo motivos para creer que el coeficiente que utilicé para los productos primarios es más bien conservador que optimista. Esto podría demostrarse mediante los coeficientes de importación por grupos, calculados para el período postbélico.⁸ Para los fines de este estudio, tal vez sea más sencillo señalar que el grupo de productos no proyectados individualmente comprende algunos que son cada vez más importantes en la tecnología reciente y cuya importación puede esperarse que crezca más rápidamente que el ingreso nacional; me permito mencionar solamente el titanio, el cadmio, el bismuto y, especialmente, los minerales de uranio y torio que, debido a su carácter estratégico, ni siquiera se incluyen en las estadísticas oficiales.⁹ Si bien podría refutar al

⁷ Departamento de Comercio de Estados Unidos, *Historical Trends in United States Imports*, World Trade Series núm. 632, septiembre de 1954, p. 4.

⁸ Por falta de espacio resulta imposible demostrar que el señor Mallon malinterpretó el contexto de la cita que hace referente a la aplicación de los coeficientes interbélicos.

⁹ A propósito de los adelantos de la energía nuclear, quisiera señalar que el señor Mallon se equivoca si en su nota 10 afirma que yo descuidé la influencia de la energía atómica en las importaciones de petróleo. Simplemente ha pasado por alto el hecho de que mi sección sobre el petróleo trata este tema con bastante detalle, y en el Apéndice A, sobre métodos y supuestos, le dediqué numerosas páginas. Allí demuestro que la competencia de la energía atómica puede afec-

señor Mallon en lo que se refiere al coeficiente para alimentos crudos (América Latina no exporta muchos alimentos manufacturados), no vale la pena, puesto que se usó únicamente para calcular un 3 por ciento del grupo.

Creo, por lo tanto, que hacen falta más pruebas para demostrar que mis proyecciones "se inclinan al optimismo". Empero, ¿es realmente esto lo que importa? Aunque el aumento supuesto de las exportaciones fuera mucho menor de lo estimado por mí, seguiría siendo un factor de gran importancia para el ritmo de desarrollo económico de los países productores de bienes primarios. Es esencial reconocer esto porque es obvio que —tomados individualmente— unos países tendrán menos participación que otros en el aumento previsto de las exportaciones, lo que dependerá de la buena suerte que corra la situación de sus recursos y de los esfuerzos que hagan para sacarles provecho. Pero, sea que sus propias perspectivas sean más o menos amplias, descuidar la exportación por temor a depender demasiado de ella sería un flaco servicio a su tasa de desarrollo económico, por razones que pueden compendiarse en unas cuantas afirmaciones sencillas, con las que desearía dar por concluida esta discusión:

1) Estados Unidos, el mayor importador del mundo, y el resto del mundo libre, han iniciado una fase de crecimiento interno que requiere actualmente, y requerirá en el futuro, la importación de cantidades cada vez mayores de productos primarios y semimanufacturados, que ya no pueden obtenerse, al ritmo necesario, de los recursos propios.

2) Los países productores de productos primarios en conjunto pueden, por consiguiente, esperar mercados mayores y más firmes para sus productos, a precios que ya han superado considerablemente los niveles deprimidos anteriores y que, en muchos casos, pueden esperarse sean aún superiores, a pesar de las fluctuaciones ocasionales.

3) Si bien en la actualidad no tienen que desconfiar tanto como en el pasado de las perspectivas de sus exportaciones, los países insuficientemente desarrollados deberían hacer el mayor uso posible de las mismas como instrumento de desarrollo económico interno. En esta forma, la excesiva dependencia estructural de la exportación se remediaría con el tiempo, gracias al crecimiento más rápido del sector interno en comparación con la exportación, aunque esta última siguiera creciendo en forma absoluta.

4) El fomento deliberado de este proceso parece requerir una política gubernamental adecuada, tal como el uso de capital extranjero para las industrias de exportación de gran densidad de capital y la reinver-

tar el petróleo residual para calefacción y, en parte por este motivo, he proyectado un crecimiento menos rápido de las importaciones norteamericanas de petróleo combustible, que el de otros productos.

sión interna, en proyectos básicos de desarrollo, de los ingresos fiscales que el gobierno obtenga de las exportaciones. Así, mientras el ingreso nacional aumenta con estas inversiones internas y externas, las divisas obtenidas por medio de la exportación permiten también la importación de bienes de capital adicionales, los que, a su vez, permiten la continuación del desarrollo. El descuidar las oportunidades que ofrece el esperado aumento de la demanda exterior, por temores o sentimientos que se fundan simplemente en experiencias históricas, impediría que el desarrollo económico llegara a los niveles que podría esperar alcanzar. El propósito de mi artículo, y el de esta réplica, fue, precisamente, llamar la atención sobre la necesidad de reconsiderar el asunto totalmente.